

Libros del Asteroide



Charlotte Delbo

La medida de nuestros días

Traducción de Palmira Feixas



El regreso

Durante el viaje de regreso, iba con mis compañeras, las supervivientes de entre mis compañeras. Estaban sentadas cerca de mí en el avión y, a medida que el tiempo se aceleraba, se volvían traslúcidas, cada vez más traslúcidas, perdían color y forma. Ya flaqueaban todos los lazos, todas las lianas que nos ligaban las unas a las otras. Solo perduraban sus voces, aunque se iban alejando a medida que nos acercábamos a París. Las observaba transformarse ante mis ojos, volverse transparentes, volverse borrosas, volverse espectros. Aún las oía, empezaba a no comprender qué decían. Al llegar, ya no las reconocía. En medio de la muchedumbre que nos aguardaba, se escurrían, desaparecían, recobraban su aspecto por un instante, tan impalpables, tan irreales, tan huidizas que dudaba de mi propia existencia. Jugaron a esa cosa ilusoria durante todo el tiempo que anduvimos de despacho en despacho, se perdían, se encontraban, me encontraban, decían palabras que no entendía, volvían a desvanecerse y acababan mezclándose con la muchedumbre que nos aguardaba, devoradas para siempre por aquella muchedumbre. Habían perdido tanta realidad

durante el viaje a lo largo del cual las había visto metamorfosearse minuto a minuto, apartarse lentamente, imperceptiblemente, inexorablemente, volverse espectros, que tardé en darme cuenta de que habían desaparecido. Sin duda alguna, porque yo era tan transparente, tan irreal, tan fluida como ellas. Flotaba en medio de aquella muchedumbre que se deslizaba a mi alrededor. Y, de repente, me sentí sola, sola en un vacío en el que faltaba oxígeno, en el que buscaba mi respiración, en el que me ahogaba. ¿Dónde estaban? Constaté que habían desaparecido cuando ya era demasiado tarde para llamarlas, demasiado tarde para echar a correr en su busca —¿y cómo correr en medio de aquella muchedumbre escurridiza?—. De hecho, me había quedado sin voz y tenía las piernas paralizadas. ¿Dónde estaban? ¿Dónde estáis, Lulu, Cécile, Viva?

Viva, ¿por qué la llamo ahora? Viva, ¿dónde estás? No, no estabas en el avión con nosotras. Si confundo a las muertas y las vivas, ¿con quiénes estoy? Debía admitir —y era una conclusión muy larga de formular, y, hasta que lo logré, se apoderó de mí una angustia que me dejó vagando, huyendo y flotando—, debía admitir que las había perdido y que a partir de entonces estaría sola. ¿Dónde pedir auxilio? Nadie me iba a auxiliar. Era absurdo gritar, era absurdo pedir auxilio a gritos. En la muchedumbre que me rodeaba, todos estaban dispuestos a ayudarme, estaban allí para ayudarme, pero se ofrecían con sus propios medios, que yo sabía que eran inútiles. Los únicos seres que podían ayudarme estaban fuera de mi alcance. Nadie podía sustituirlos. Con dificultad, con un gran esfuerzo de memoria —pero ¿por qué decir esfuerzo de memoria, si ya no tenía memo-

ría? —, con un esfuerzo que no sé cómo llamar, traté de recordar los gestos que había que hacer para recuperar la forma de un vivo en la vida. Caminar, hablar, contestar a las preguntas, decir a dónde quieres ir, ir allí. Lo había olvidado. ¿Acaso lo había sabido alguna vez? No se me ocurría cómo arreglármelas ni por dónde empezar. No tenía fuerzas para semejante hazaña. Solo cabía renunciar. Renunciar o postergarlo. Primero, debía reflexionar. Flotaba en medio de la muchedumbre que me arrastraba sin darse cuenta porque yo no pesaba nada, se me vaciaba la cabeza. ¿Reflexionar? ¿Cómo reflexionar cuando no te queda ni una palabra, cuando has olvidado todas las palabras? Estaba demasiado ausente como para estar desesperada. Estaba allí... ¿Cómo? No lo sé. Pero ¿estaba allí? ¿Era yo? Estaba... Estaba allí y sería falso decir que no sabía qué hacer, no pensaba y no me preguntaba si había algo que hacer. Saber, preguntarse, pensar son palabras que empleo ahora.

¿Cuánto tiempo permanecí en aquel banco donde parecía que meditaba o que descansaba? ¿Cuánto tiempo pasé sin meditar, sin reflexionar, tratando de recordar cómo se recuerda? ¿Recordar qué? Ya no sabía qué debía recordar. Ahora es fácil argumentar, a modo de conclusión, que tenía frío como cuando tienes fiebre, decir que estaba agotada. No sentía nada, no me sentía existir, no existía. ¿Cuánto tiempo permanecí así, en una suspensión de mi existencia? (Desde entonces, he recobrado las palabras.) Mucho tiempo, mucho tiempo. De aquella época guardo imágenes brumosas en las que ninguna mancha clara permite distinguir el sueño de la vigilia. Mucho tiempo.

Con un gran esfuerzo, creo recordar que estaba en cama, que la gente venía a verme. Me besaban, me habla-

ban, me contaban cosas, me hacían preguntas. En cuanto a las preguntas, pronto desistieron, no contestaba ninguna. Oía sus voces desde muy lejos. Cuando entraban en mi cuarto, la mirada se me velaba. Su espesor interceptaba la luz. A través de aquel velo, los veía sonreír con una sonrisa alentadora y no comprendía en absoluto su sonrisa, su actitud, su amabilidad —bueno, más tarde supuse que era amabilidad—. Es casi imposible, *a posteriori*, contar con palabras qué sucedió en la época en que no había palabras. ¿Por qué vienen a verme? ¿Por qué hablan? ¿Qué quieren saber? ¿Por qué quieren que sepa algunas cosas que están dispuestos a decirme, que han venido a propósito a decirme? Todo me resultaba incomprensible. Y me era indiferente que todo me resultara incomprensible. No tenía ninguna curiosidad, ningún afán de saber nada. Me traían flores y libros. ¿Acaso temen que me aburra? Aburrirme... Todas sus ideas eran de un mundo aparte. Temen que me aburra y traen libros... Dejaban los libros en mi mesilla de noche y los libros se quedaban allí sin que se me ocurriera siquiera tocarlos. Durante mucho tiempo, mucho tiempo, los libros se quedaron allí, a mi alcance, fuera de mi alcance. Mucho tiempo. Eso me dijeron, al menos, que mi ausencia del mundo había durado mucho tiempo. Mi cuerpo carecía de peso, mi cabeza carecía de peso. Días y días sin pensar en nada, sin existir, aunque a sabiendas —pero ya no recuerdo cómo lo sabía—, mientras tenía la sensación, apenas definible, de que existía. No lograba volver a acostumbrarme a mí misma. ¿Cómo iba a volver a acostumbrarme a mí misma si mi yo se había desgajado tanto de mí que ni siquiera estaba segura de haber existido alguna vez? ¿Mi vida de antes? ¿Acaso antes ha-

bía tenido una vida? ¿Mi vida de después? ¿Estaba viva para tener un después, para saber qué significaba después? Flotaba en un presente sin realidad.

Mis amigos seguían visitándome, me traían más libros que se apilaban encima de los otros. A veces, al incorporarme sobre los cojines, miraba esos libros sin relacionar los libros con la lectura. Objetos sin uso. ¿Qué hacer con esos objetos? Y entonces los olvidaba y volvía a mi ausencia.

Lentamente, a mis espaldas, la realidad fue recobrando su forma a mi alrededor. A mis espaldas, porque no hice ningún esfuerzo por volver a la superficie de la realidad. No tenía fuerzas para hacer el más mínimo amago de esfuerzo. La realidad recobró sus contornos, sus significados, por sí misma, por su propio peso, pero tan lentamente... Fui descubriendo, con largos intervalos, un nuevo rasgo, un nuevo sentido. Poco a poco, recuperé la vista, el oído. Poco a poco, fui reconociendo los colores, los sonidos, los olores. Los sabores, mucho más tarde. Un día, vi —sí, vi— los libros en mi mesilla de noche, en una silla cerca de mi cama. Todos estaban a mano. Durante mucho tiempo, los miré sin la menor intención de tocarlos, de cogerlos. Cuando por fin me atreví a coger uno, a abrirlo, a mirarlo, me pareció tan pobre, tan al margen, que volví a colocarlo sobre la pila. Al margen. Sí, todo estaba al margen. ¿De qué hablaba aquel libro? No lo sé. Sé que estaba al margen. Al margen de las cosas, al margen de la vida. Al margen de lo esencial, al margen de la verdad.

¿Qué es lo que no está al margen? Me lo preguntaba a mí misma y me desesperaba no saber contestar. Digo desesperar a falta de alguna palabra que dé la idea de

lo que quiero decir. No estaba desesperada, estaba ausente.

Tardé mucho tiempo antes de intentar reconocirme de nuevo en otro libro. Fue tan desconcertante como el primero y yo acabé más desesperada aún o, mejor dicho, todavía más hundida en mi ausencia.

¿Qué es lo que no está al margen? ¿Acaso ya no encontraré nada en los libros? ¿Son todos una repetición fútil, una descripción bonita y llena de imágenes, una sucesión de palabras sin peso?

Mi desaliento ante los libros duró mucho tiempo. Años. No lograba leer porque me parecía saber de antemano qué había escrito en un el libro, y saberlo de otro modo, con un conocimiento más seguro y profundo, evidente, irrefutable.

Del mismo modo que bajaba la mirada para no ver los rostros porque los rostros se desnudaban ante mi mirada, porque lo veía todo de la gente a través de su rostro en cuanto posaba la mirada en ellos, y eso me incomodaba hasta tal punto que me veía obligada a bajar la mirada, del mismo modo me apartaba de los libros porque veía a través de las palabras. Veía la banalidad, la convención, el vacío. Veía la habilidad. ¿Y qué sabe ese que quiera decirme? ¿Y por qué no lo dice?

Todo era falso, rostros y libros, todo me mostraba su falsedad y me desesperaba haber perdido por completo el sentido de la ilusión y del sueño, la permeabilidad a la imaginación, a la explicación. Esa es la parte de mí que murió en Auschwitz. Eso es lo que me convierte en un espectro. ¿Qué puede despertarte interés cuando descubres la falsedad, cuando ya no hay claroscuros, cuando ya no hay nada que adivinar, ni en las miradas ni en los

libros? ¿Cómo vivir en un mundo sin misterio? ¿Cómo vivir en un mundo donde la mentira se tiñe de un color cegador y se separa inmediatamente de la verdad, como en esas mezclas que se descomponen, en las que cada ingrediente recupera su color y su densidad propias?

Me lo pregunté durante mucho tiempo sin encontrar la respuesta. ¿Por qué vivir si nada es verdad? ¿Por qué lamentar que ya no puedan engañarte, si es tan grato? Me debatía en un dilema irresoluble. Miraba los libros inútiles. Todo me resultaba inútil. Pero ¿de qué sirve saber cuando ya no sabes cómo vivir?

¿Cómo sucedió? No lo sé. Un día, cogí un libro y lo leí. Me encantaría contar cómo fue. Ya no recuerdo nada. Tampoco recuerdo el título. Sería ideal que mencionara alguna obra maestra. No. Era un libro cualquiera, uno de tantos, que me devolvió todos los demás libros. Tendré que intentar recordarlo. Es tan difícil que de momento desisto. ¿Quién piensa en jalonar un recorrido subterráneo en el que se pierde durante años antes de llegar a un destello de luz? Sabe que jamás regresará a ese subterráneo, ¿qué sentido tiene buscarlo?

Resistí a la injusticia
me atrapó
y me entregó a la muerte
resistí a la muerte
tanto
que no pudo arrebatarme la vida
para vengarse
me arrebató el deseo
y
me hizo un certificado
aquí lo tengo
firmado con una cruz
para usarlo la próxima vez.

✱

Mi corazón ha perdido la tristeza
ha perdido la razón de luchar
la vida me ha sido devuelta
y aquí estoy ante la vida
como ante un vestido
que ya no puedes ponerte.



Un niño me dio una flor
una mañana
una flor que había recogido
para mí
besó la flor
antes de dármela
y quiso que yo también la besara
me sonrió
fue en Sicilia
un niño de color regaliz
no hay herida que no se cure
Eso me dije
aquel día
me lo repito a veces
no basta para creérmelo.